



Artículos

Memoria nostri durabit...

El sepulcro de Don Juan de Austria

Memoria nostri durabit...
The tomb of Don Juan of Austria

■ Santiago Prieto-Pérez*

Resumen

Recordamos en estas páginas una obra escultórica magistral y a algunos escultores españoles de primera magnitud poco conocidos por el gran público. La obra a la que hacemos referencia sirve, a su vez, para redescubrir la figura de Don Juan de Austria y revivir algunos momentos de una época de nuestra Historia que fue grande por personajes como él.

Palabras clave

Don Juan de Austria. Ponciano Ponzano. Escultura. Siglo diecinueve. Giuseppe Galleotti.

Abstract

These pages are written in memory of a masterful sculptured work, so as of some Spanish sculptors of the first order unnoticed to the public. At the same time, the work to be reminded here will be of help in stating the personality of Don John of Austria, and to bring back to life some moments of a big era, which splendour became a reality due to him and to some other figures whose grandeur remains unequalled within the Spanish history.

Key words

Don John of Austria. Ponciano Ponzano. Sculpture. Nineteenth century. Giuseppe Galleotti.

■ Es verano, mediodía en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. En el exterior, el Sol aprieta y un olor a resina impregna el aire.

*El autor es doctor en Bellas Artes.

Dentro, el granito atenúa el calor. Descendiendo por unas escaleras estrechas, la temperatura es agradable, fresca incluso. Los peldaños nos conducen hacia una puerta abierta. Sobrepasado el dintel, la escalera se bifurca a izquierda y derecha, descendiendo un pequeño tramo, igual a ambos lados, hasta un corredor común suavemente iluminado por grandes y espaciados ventanales a la altura del patio interior del monasterio, por encima de nuestras cabezas. A la izquierda, el Panteón de Reyes; a la derecha, el Panteón de Infantes. Siguiendo el pasillo a nuestra diestra, guiados por la tenue luz procedente del muro, y apenas recorridos unos pasos, damos en una estancia. Mármoles negros, rojos y blancos visten la sala, extraordinariamente pulcra. Silencio y penumbra. Tumbas de mármol blanco de Carrara, sencillas, con el nombre de los difuntos en bronceas letras mayúsculas y el escudo de armas de sus respectivas Casas, cubren las paredes en forma de U, dejando en el centro dos sepulcros.

Una figura yace horizontal, sobre un arca a un metro del suelo. Una luz suave desvela sutilmente su forma, como si los rayos del Sol acariciasen la piedra. Representa a un caballero armado, la cabeza y las manos desnudas. Activos los sentidos, el visitante contiene la respiración, preservando el silencio y percibiendo, acaso rememorando, un sabor extraño raras veces experimentado: el sabor de la Historia. Se acerca despacio intentando grabar cada detalle, temeroso de perturbar el sueño del soldado. Un soldado a cuyos pies puede leerse: *JOHANNES AVSTRIACVS CAROLI V FIL. NATURALIS*.

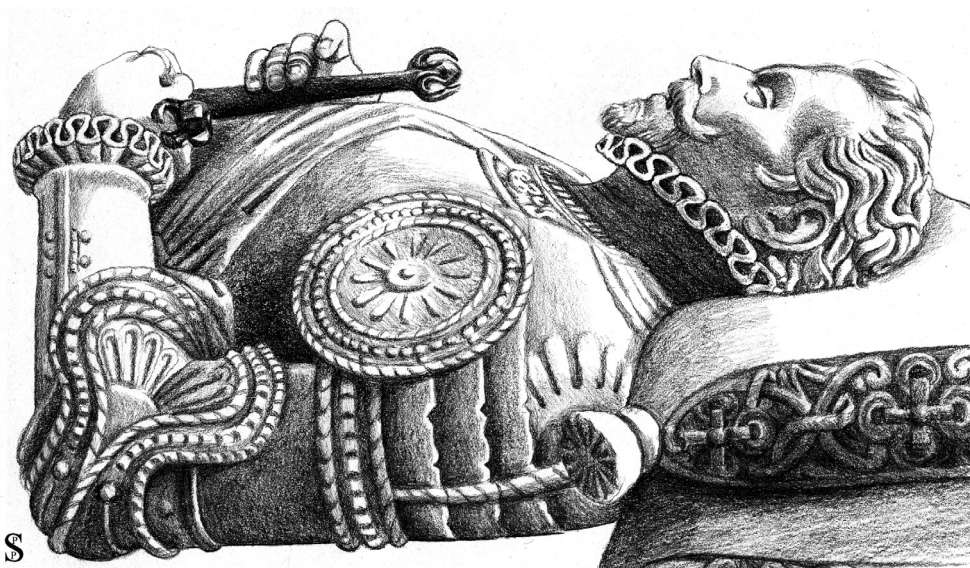


Figura 1. Mausoleo de Don Juan de Austria. Panteón de los Infantes (Monasterio de San Lorenzo de El Escorial).

Ahora bien: ¿quién fue Juan de Austria? ¿Quién ideó y realizó su sepulcro? En este artículo se pretende responder a estas cuestiones y a algunas otras que, tal vez, se suscitarán al curioso lector.

Juan de Austria. Sus primeros años

Don Juan de Austria, de acuerdo con la mayoría de los textos consultados, muy probablemente nació en febrero de 1547 (y no en 1545 como señalan algunas fuentes), año del gran triunfo de Mühlberg, cuarenta y siete años después de que viniese al mundo el vencedor de aquella batalla, su padre, el emperador Carlos I de España y V de Alemania.

Hijo del citado y de una mujer alemana de dieciocho años, Bárbara Blomberg, hermosa y de bella voz, parece que vino al mundo en la ciudad de Ratisbona. Después del nacimiento del hijo del emperador, Bárbara se casó con Jérôme Pyramus Kegel, comisario de la Corte de María de Hungría en Bruselas, debido a lo cual, el muchacho empezó a ser conocido como Jeromín.

Muerto Jérôme, en 1550 Carlos decidió que un músico flamenco de la Corte y su mujer española Ana de Medina, acogieran a Jeromín en España, viviendo así sus primeros años en el madrileño pueblo de Leganés.

En 1554 el emperador mandó que Jeromín pasase a cargo de su consejero y confidente, Luis de Quijada, y de su mujer Magdalena de Ulloa, viviendo con ellos en su castillo, en Villagarcía de Campos. Del interés de Carlos I por la educación de su hijo da cuenta esta carta a Quijada: “que pudiéndose buenamente enderezar que de su libre y espontánea voluntad él tomase el hábito en alguna religión de frailes reformados, á lo cual se encamine, sin hacerle para ello premio ni extorsión alguna. Y no pudiendo esto guiar así, y queriendo él más seguir la vida y estado seglar... le sean asignados treinta mil ducados en el reyno de Nápoles”.

En 1558, con 11 años, Jeromín fue llamado a Yuste por el envejecido emperador y, aunque conocida ya su ascendencia por su hermano y legítimo heredero al trono, Felipe, la paternidad de Jeromín no fue reconocida hasta la muerte del emperador. Cumpliendo su voluntad, Felipe reconoció a su hermano en su primer encuentro, en 1559, cambiando su nombre por el de Juan, en honor de otro hermano precozmente difunto.

A partir de entonces, Juan de Austria se educó en la Corte y en la Universidad de Alcalá de Henares con sus sobrinos Don Carlos y Alessandro Farnese (Duque de Parma), dos años mayores. Pero, como ya previó su padre, Juan se vio pronto encaminado a la vida seglar, fugándose en 1565 para embarcar en la Armada reunida en Barcelona para el socorro de Malta. Felipe II, su hermano y nuevo emperador, conociendo este hecho, autorizó que Don Juan y Don Carlos empezaran a asistir a las sesiones del Consejo de Estado.

Los méritos de Juan de Austria

Como se ha señalado, a la educación procurada por el emperador Carlos se sumó la natural valía libremente encauzada por su hijo, pareciendo que encar-

nase al perfecto príncipe cristiano descrito por Saavedra Fajardo (p. 173): “en el príncipe son convenientes aquellas virtudes heroicas propias del imperio, no aquellas monásticas y encogidas que le hacen tímido en las resoluciones, retirado del trato humano, y más atento a ciertas perfecciones propias que al gobierno universal. La mayor perfección de su virtud consiste en satisfacer a las obligaciones de príncipe que le impuso Dios”.

En 1568 Juan fue nombrado Capitán General de la Mar y aunque nunca fuese tratado como “Alteza” sino como “Excelencia”, en desdoro de su sangre real, pronto sus actos le otorgarían lo que los títulos no pudieran: su lugar en la Historia. Así, en 1569 acaudilló la Guerra contra los moriscos de Granada, sofocando completamente su revuelta en las Alpujarras. En 1571 comandó la flota de trescientas naves que venció a los turcos en el golfo de Lepanto, deteniendo la expansión musulmana en el Mediterráneo, conquistando la seguridad de las costas y asegurando el comercio europeo con el norte de África¹. En 1573 tomó Túnez y en 1576 fue nombrado Gobernador de los Países Bajos, obteniendo en enero de 1578 la gran victoria de Gembloux (a orillas del río Orneau, en la Bélgica actual), poco antes de morir, a los 31, el primero de octubre del mismo año.

La ambición de Juan de Austria

Se ha insistido mucho en la presunta ambición de Don Juan, incidiendo en su insatisfacción o sugiriendo cierto resentimiento hacia su hermano. Se ha aludido, por ejemplo, a su incomodidad por el trato hacia su persona en ceremonias públicas, delante de los Grandes pero detrás de la Familia Real. O se ha dado un crédito excesivo a las intrigas aventadas por Antonio Pérez. Sin embargo, si algo ha consignado la glosa de sus actos ha sido su absoluta fidelidad al Emperador y a la empresa de la Corona Hispana. Así, siempre consultó con Felipe II la conveniencia de las numerosas y tentadoras ofertas que recibió: desde la propuesta albanesa de hacerle su rey, hasta la papal de reconocerle rey de Túnez. Pasando por aquel episodio en que un enviado de la reina Isabel I de Inglaterra sondeara la posibilidad de un matrimonio con Don Juan. En tal sentido, si bien podría deducirse algún resquemor hacia su hermano Felipe por sus reiteradas negativas, éstas fueron entendidas y aceptadas. A ello hay que sumar un elemento crucial que desmiente cualquier duda al respecto: la falta de cálculo de Don Juan; su arrojo y empeño en las campañas que dirigió. Así, en las Alpujarras recibió un balazo de mosquete en el casco; en Lepanto fue herido en un pie y su desgaste personal en todas sus campañas fue más que evidente. No en vano, su dureza y sacrificio, ciertamente espartanos, quedaron de manifiesto en sus larguísimas marchas a caballo, que sin

¹ Conviene recordar que los turcos penetraron en Europa en 1521, ocupando Serbia, Bulgaria, Albania y Montenegro. En 1529 sitiaron Viena y ocuparon casi toda Rumanía, Hungría y Austria. El levantamiento del sitio de Viena en 1532 gracias al emperador Carlos al mando de noventa mil hombres, y la victoria de Lepanto pusieron freno a las ambiciones otomanas.

duda contribuyeron a un deterioro fatal de su salud por el agravamiento de sus hemorroides.

De todo lo dicho se infiere la característica esencial en Don Juan de Austria: su férrea voluntad. Pues fueron su resolución, capacidad de liderazgo, mando y organización, las cualidades que le llevaron al éxito, y su carácter lo que le impelió a acometer sus empresas sin cuartel hasta la victoria. Recordemos que Lepanto costó la vida a 8.000 cristianos frente a 25.000 turcos (a la vez que supuso la liberación de 12.000 galeotes cristianos) y que Gembloux significó unas 10.000 vidas protestantes.

Lo cual nos lleva de la mano a una reflexión necesaria. Se ha sugerido que esta voluntad, a veces temeraria, estaba guiada por una fe sin fisuras, por la creencia en una empresa sagrada. De hecho, Don Juan, en Gembloux, mandó añadir al estandarte que él mismo había llevado en Lepanto, la leyenda: *In hoc signo vici Turcos, in hoc vincam haereticos*. Como escribe el hispanista inglés Geoffrey Parker (p. 220): “El servicio en el extranjero, y en particular el servicio entre los *herejes* y *rebeldes* de los Países Bajos, puso de manifiesto el innato sentimiento de superioridad nacional que existía entre los españoles. Ellos eran las tropas selectas, los *Übermensch*, el pueblo elegido”. Sin duda, Don Juan creía que su causa era la de Dios, pero es que quizás sólo por la fe de aquellos imbuidos por tal espíritu, fue posible el Imperio Español —y la misma existencia de Europa—. Y debe advertirse que mientras vivió Don Juan, la voluntad del rey de España, por el poder de sus ejércitos invictos, fue ciertamente incontestable. No otra cosa hizo común en la Italia del siglo XVI la frase: “Dios se ha hecho español”.

Fue también Don Juan hombre de Estado, como manifiestan tres hechos principales: El primero, ya mencionado, de supeditar su ambición a la voluntad del emperador. El segundo, vinculado a su disciplina y sacrificio, nos presenta a un hombre vital y activo que jamás subestimó la empresa del gobierno; vivo ejemplo, una vez más, de aquellas virtudes que nuestro sabio diplomático Saavedra Fajardo glosaría entre las propias de un príncipe cristiano: “entre tan gran número de príncipes, muy pocos salen buenos gobernadores; no porque les falten partes naturales, pues antes suelen aventajarse en ellas a los demás, como de materia más bien alimentada, sino porque entre el ocio y las delicias no las ejercitan” (p.185). Don Juan, desde luego, no perteneció a aquéllos que a la molición se abandonan. En tercer lugar, su inteligencia para rodearse de los mejores. Siendo evidente que a su indudable valentía sumaba una notable inteligencia, supo contar siempre con los más avezados generales: en Lepanto le acompañaron Álvaro de Bazán, Luis de Requesens —a quien sustituiría en el cargo de Gobernador de los Países Bajos— o el célebre marino italiano Andrea Doria. Casi siempre tuvo a su lado a su amigo y gran estratega el Duque de Parma, con quien rivalizó en fama. Y supo ganarse el respeto de los hombres bajo su mando. De hecho, las tropas sentían por él una admiración que en ocasiones se tradujo en actos verdaderamente únicos, como aquel en que, llamando Don Juan a

los Tercios Viejos, éstos, al mando de Lope de Figueroa, recorrieron los 1.100 kilómetros del *Camino Español*, ¡en tan sólo treinta y dos días!².

Por otro lado, es fácil desmontar aquellas visiones deformadoras que nos presentan a Juan de Austria como un guerrero impulsivo incapaz de otra cosa sino luchar. La tenacidad de los hechos lo desmiente, siendo así que siempre veló por el éxito global de las empresas a su cargo, sin concesión alguna al ciego ímpetu que pudiera dominar a un espíritu joven. Supo negociar con el Habaquí cuando la campaña granadina se enquistó en mayo de 1570, antes de expulsar definitivamente a los moriscos —en febrero de 1571 Felipe II firmó el decreto de expulsión forzosa—. Se mostró conciliador a su llegada a Flandes, en una situación precaria por el *Edicto Perpetuo*, para revertir la situación en poco tiempo. Y a él debemos el plan para la invasión de Inglaterra, concibiendo un golpe maestro por más que a la postre resultase maldito.

La muerte de Juan de Austria

De su integridad y valía dan fe también el temor y odio que inspiraba a nuestros enemigos de entonces. No en vano, Juan sobrevivió a un intento de asesinato promovido por Inglaterra y el Príncipe de Orange, encargado a Edmond Radcliffe que fue descubierto y ejecutado. Y en el mismo sentido se puede interpretar la teoría del envenenamiento de Don Juan, alentada precisamente por el Príncipe de Orange, y recogida por Baltasar Porreño (1565-1639) en *Historia del Serenísimo Señor D. Juan de Austria, hijo del Invictísimo Emperador Carlos V, Rey de España* y por Lorenzo Van der Hammen y León (1589-1664) en su *Don Ivan de Austria* (publicado en 1627).

Sin embargo, en la mayoría de textos biográficos relativos a Juan de Austria se asume su muerte por tifus. Una causa que, como veremos, tampoco es tan sencilla o evidente. Recuérdese que el tifus fue identificado en el mismo siglo XVI por Girolamo Fracastoro (1478-1553) quien por primera vez lo distinguió de la peste.

Es seguro que una epidemia de “tifus” asoló Flandes en el verano de 1578 y que las tropas españolas fueron afectadas, como Don Juan y algunos de sus comandantes. En principio, Juan pudo padecer tanto el tifus por salmonela como el llamado tifus exantemático o “tabardillo”, enfermedades diferentes que

² Sin duda y como diría el clásico: *Verba movent, exempla trahunt* (“las palabras mueven, los ejemplos arrastran”). Del 22 de febrero al 27 de marzo de 1578, 5.000 hombres cargados con armas y pertrechos, recorrieron a pie el Camino Español, de Lombardía a Namur, a un ritmo infernal. Casi treinta y dos kilómetros al día en un trayecto que, de media, se cubría en cuarenta y ocho jornadas. Lope de Figueroa (1536-1597), Maestre de Campo, participó con su Tercio, llamado de Granada o de La Liga, en Italia, Túnez, la Goleta, Flandes, Granada, Lepanto, Flandes de nuevo, Portugal y en las Azores. Inmortalizado en *El alcalde de Zalamea* por Calderón de la Barca, tuvo bajo su mando a Cervantes en Lepanto y a Lope de Vega en San Miguel de las Azores.

el profano funde en una³. En los grandes acantonamientos de tropas —recuérdese que Namur, a orillas del Meuse, era el punto de llegada de los Tercios— las condiciones eran propicias para el contagio. De hecho, se podían dar ambos tipos: tanto el tifus exantemático, transmitido por los piojos de la ropa, como el tifus por la salmonela de aguas encharcadas.

Gregorio Marañón se decanta por el tifus exantemático, así como Vander Hammen y Lynch, basándose en las manchas cutáneas o exantema. Sin embargo, según describió el doctor Ramírez, médico y amigo de Juan de Austria, la evolución progresiva de la enfermedad (seis semanas de principio a fin), con fuertes dolores abdominales, rechazo de alimentos, vómitos y diarreas sanguinolentas permiten deducir un tifus por salmonela.

Dicho lo cual, no obstante, los autores de un estudio reciente (Seoane y cols.), señalan como causa final de la muerte de Don Juan una mala praxis vinculada a una dolencia previa, dando crédito a lo apuntado por el doctor Dionisio Daza Chacón, su médico en Lepanto, en su libro *Práctica y teórica de Cirugía* (Valladolid, 1580). Al describir el tratamiento de las hemorroides dice:

“El remedio de las sanguijuelas es mejor y más seguro que rajarlas con lanceta pues algunas veces se hacen llagas muy corrosivas y de abrirlas con lanceta lo más común es quedar con fístula y alguna vez causa de repentina muerte, como acaeció al serenísimo Juan de Austria el cual después de tantas victorias vino a morir miserablemente a manos de médicos y cirujano. Consultaron y decidieron darle una lancetada en una almorranas. Dieron la lancetada y sucedióle un flujo de sangre tan bravo que pese a hacerle todos los remedios posibles en cuatro horas dio el alma a su creador, cosa digna de llorar y de gran lástima. Si yo hubiera estado aún a su servicio no se hiciera un yerro tan grande como se hizo”.

Un testimonio al que se ha concedido escasa importancia. Quizá considerado como un episodio de disputas profesionales, toda vez que Daza no se hallaba presente en el lugar. O acaso por temer que tan infortunado motivo pudiera enturbiar de algún modo la idealizada imagen de Don Juan. De cualquier modo, al texto mencionado de Daza, se suma el relato de Baltasar Porreño, quien indica que “hacía más de un año que Don Juan no purgaba la sangre de sus almorranas”.

Parece, pues, plausible considerar esta última entre las causas concurrentes en la muerte de Juan de Austria.

Ponciano Ponzano. El escultor

Ponciano Ponzano nació en 1813 en Zaragoza, la tierra que en el mismo siglo viese crecer a Francisco de Goya, Félix de Azara y Mariano Lagasca.

³ Vélez de Guevara L. *El diablo cojuelo...* Op. C. (p. 79): “que se le han subido los consonantes a la cabeza, como tabardillo”.

Ponciano, hijo del conserje de la Academia de San Luis de Zaragoza, fue llevado a Madrid con trece años por el escultor José Álvarez Bouquel, quien, haciendo impecable seguimiento de la voluntad de su padre, José Álvarez Cubero (1768-1827) lo acogió bajo su protección y lo alojó en su propia casa como discípulo y ayudante. A Álvarez Cubero, discípulo de Canova, le debemos, entre otras, la obra titulada *Defensa de Zaragoza*, que preside la entrada de la ampliación del Museo del Prado.

Ponzano, destacado estudiante, en 1832 logró la pensión de estudios para ingresar en la Academia de Roma, merced al relieve titulado “Episodio de la infancia de Alfonso XI de Castilla”, que aún se conserva en la Academia de San Fernando. En Roma estudió y trabajó con denuedo, siendo tal su voluntad que, suprimidas todas las becas en 1833, se quedó solo en la capital italiana para seguir estudiando, donde conoció a numerosos escultores europeos, entre los cuales Thorwaldsen y Tenerani le influyeron profundamente. En tan difícil situación e impresionado por su talento, el Conde de Toreno (José M^a Queipo del Llano) decidió mantenerle costeando su estancia en Italia y encargándole obras. Obras que, como *El Diluvio universal*, debido a la fatalidad se han perdido para siempre.

Nombrado profesor de la recién fundada Escuela de Bellas Artes de Madrid, ya bajo la protección de la reina Isabel II, trabajó como Escultor de Cámara, realizando dos obras conocidas por todos los españoles: el frontón de las Cortes y los leones en bronce que presiden las escaleras de entrada. Sin embargo, a Ponzano se deben también la decoración del paraninfo de la Universidad Central, el tímpano de la Iglesia de San Jerónimo y magníficos bustos en mármol como los de la reina Isabel II o de la infanta Luisa Fernanda, ambos en el Palacio Real de Pedralbes, en Barcelona; los retratos del Doctor Eusebio Lera, hoy en el Museo de Zaragoza, o el del insigne pintor D. José Madrazo, en el Casón del Buen Retiro. Así mismo, a él se debe el muy cuestionado Panteón de Infantes del Real Monasterio de El Escorial y el sepulcro de D. Juan de Austria, que motiva este artículo.

En este punto deben aclararse algunos detalles relativos a la autoría de una obra que se atribuye tanto a Ponciano Ponzano como a Giuseppe Galeotti. Y es que por curioso que parezca, la obra corresponde a ambos aunque el único escultor sea Ponzano. Y nos explicamos: el título de escultor, en una época en que existía una nítida separación entre el artista y el artesano, no se aplicaba al oficial especializado, al margen de su virtuosismo. Así, conviene apuntar aquí que aunque Ponzano conoció sin duda los secretos de su oficio, como escultor al servicio de la corona contaba con un taller de ayudantes especializados que le ayudaban en la ejecución de las obras. Así, su trabajo como escultor consistía en el diseño de la obra, la realización de dibujos y en la plasmación de la idea a través del modelado en barro. A continuación, bajo su supervisión, otros especialistas realizaban el vaciado del modelo, consistente en su registro mediante la elaboración de un molde, compuesto por varias piezas de escayola que permitían sacar una réplica de la obra modelada. Obtenida la réplica en escayola de la obra en barro, se procedía a su traslación a otro material, en la misma escala o en otra, mediante el proceso conocido como *sacado de puntos*. Este método permitía una aproximación exacta, semejante al traslado por coordenadas, de las medidas origina-

les en el material definitivo. Esta tarea, así como el tallado final del material, correspondía a otro especialista; marmolista en el caso del trabajo del mármol.

Giuseppe Galeotti. El marmolista

Giuseppe Galeotti o José Galeotti, contra lo que habitualmente se asume, no nació en Italia sino en Madrid acabando el siglo XVIII. Hijo del marmolista de la Corte Juan Bautista Galeotti, quedó huérfano junto a su hermano Domingo muy tempranamente, siéndoles asignados “tres mil reales de vellón a cada uno para su educación por tesorería general”, según refiere en una carta fechada el cinco de octubre de 1819 el Contador general de la Real Casa, Ignacio Pérez, “aumentándoles (el rey Carlos IV, el 24 de abril de 1800) hasta 300 ducados a cada uno [...] hasta que se les colocase o se proporcionase su subsistencia por medio de la profesión que eligiesen”.

Giuseppe decidió ejercer el oficio de su padre Juan Bautista, quien a su vez había seguido los pasos del suyo, Don Domingo, llamado por el rey Carlos III a Madrid en 1760 para trabajar en el Palacio Real. Su labor, extensa aunque poco conocida, queda expresamente documentada en una carta que reproducimos a continuación. Escrita por el mismo Galeotti, ya viejo, el dos de julio de 1896 y dirigida al Exmo. Señor Duque de Medina Sidonia, Mayordomo Mayor de la Real Casa, dice así:

“Don José Galeotti, domiciliado en esta Corte, calle de S. Marcos, nº 4, que ha tenido la honra de trabajar bajo las órdenes de D. Ponciano Ponziani por diez años por la R. Casa, ejecutando el D. Juan de Austria, los heraldos y los adornos de las urnas de los infantes en los Panteones de los R. Sitios de S. Lorenzo de El Escorial, además de muchas obras como el frontón de las Cortes, estatuas de la fachada del Museo de Pintura, el S. Fernando y el S. Luis del Palacio de S. Telmo de Sevilla, etc., etc. Suplica a V.E. se le conceda la plaza de restaurador de escultura en el R. Sitio de S. Ildefonso en La Granja, conformándose en todo a las condiciones que por la R. Intendencia sean propuestas. Seguro del apoyo de V.E. por un anciano artista, con todo agradecimiento, ruega que D.G.V.E. [Dios guarde a Vuesa Excelencia] muchos años”.

Téngase en cuenta que en la época que tratamos no existía una asignación oficial, por ley, para la jubilación, por lo que se deduce que el destino solicitado en su misiva debía ser lo más parecido a un retiro dorado.

El sepulcro de Juan de Austria

El sepulcro de Juan de Austria fue realizado en mármol de Carrara. En el costado izquierdo (vista la figura desde sus pies) del sarcófago, dos escudos de

la Casa de Austria, con corona ducal y dos áncoras cruzadas, enmarcan la leyenda: *FVIT HOMO MISSVS A DEO CVI NOMEN ERAT JOHANNES* (“Fue enviado por Dios un hombre que tenía por nombre Juan”). A sus pies *JOHANNES AVSTRIACVS CAROLI V FIL. NATURALIS* (Juan de Austria, hijo natural de Carlos V). *INMORTALIS EST ENIM MEMORIA ILLIVS* (Inmortal es su memoria) reza en su costado derecho; *CHRISTVS VINCIT, CHRISTUS REGNAT, CHRISTVS IMPERAT* bajo su cabeza.

Llaman la atención sus manos y cabeza, engolados puños y cuello, talladas tan sutilmente que pareciesen de carne y hueso. La cabeza de Juan de Austria reposa sobre unos almohadones que desmienten su naturaleza pétreo. Su rostro, joven, sereno, proporcionado, enmarcado por largos y ondulados cabellos. Las manos, elegantes, pobladas de distintos anillos — hasta dieciséis— que nos anuncian las damas que cautivó, sobre la espada que le valió fama universal y que invoca simbólicamente, en sus distintas partes, las cuatro virtudes cardinales (el pomo, la fuerza; el puño, la prudencia; el álgier o guarnición, la templanza, y la hoja, la justicia). Una espada, copia de la original que se conserva en la Real Armería de Madrid, con gavilanes rectos, formando una cruz sobre el pecho de Don Juan, protegido a su vez por un peto sobre el que descansa el Toisón de Oro, y cruzado por una banda que nos habla de su grado de Capitán General de las Fuerzas Reales.

El resto del cuerpo está cubierto por una armadura, réplica de la más hermosa que luciese el emperador Carlos, fechada en 1525, obra del famoso orfebre ausburgués Colman Helmschmid (1471-1532), y que hoy puede contemplarse en la Real Armería. Hombreras y bufa⁴ bellamente adornadas; guardabrazos, codales, escarcelas⁵, quijotes, grebones y escarpes visten hasta los pies al guerrero muerto. Los guanteletes, a ambos lados de Don Juan, informan que murió de forma natural y no en combate. A sus pies, un león vela su sueño eterno.

El sepulcro de Juan de Austria se inscribe en el marco de una antigua tradición funeraria que se remonta varios siglos atrás. Una tradición cristiana fuertemente vinculada a la representación del difunto, con una acotada variedad de elementos y símbolos, que asume algunas influencias exteriores y que involucra a distintos artistas en un vasto periodo de tiempo.

En primer lugar, la disposición de don Juan es sencilla; la figura yacente con las manos sobre el pecho y la cabeza reposando sobre dos almohadones es convención presente en sepulcros dedicados tanto a caballeros como a religiosos. Común, por ejemplo, al sepulcro de Don Pedro González de Alderete, del siglo XV, obra de Gaspar de Tordesillas, en la iglesia de San Antolín, en

⁴ Pieza de la armadura, en este caso circular, con que se reforzaba la parte anterior del guardabrazo; generalmente el izquierdo, aunque Don Juan de Austria luzca una en cada lado.

⁵ Piezas que protegen la cintura y la parte alta de los muslos, guarnecidos a su vez por los quijotes. En la obra analizada, bajo las escarcelas asoman unos gregüescos que cubren parcialmente los quijotes. Los grebones defienden la pierna por debajo de la rodilla y los escarpes protegen los pies.

Tordesillas (Valladolid), o al del religioso Pedro López de Mendoza, del siglo XVII, en la iglesia del Salvador, en Oña (Burgos), atribuida a los hermanos Leoni. De hecho, podemos hallar semejante disposición horizontal junto al recurso de los dos cojines ya algún siglo antes de los citados ejemplos; como en el sepulcro del caballero Día Sánchez de Rojas, primitiva tumba en madera del siglo XIV situada en el monasterio de Santa María la Real de Vileza, en Villarcayo (Burgos).

En cuanto a la posición de las manos, aferrando la espada sobre el pecho, es atributo del noble y el guerrero, norma repetida y observable en numerosos casos por toda España. Atendiendo a su significativa analogía con el sepulcro de Juan de Austria en todos sus elementos estableceremos una comparación. Del mismo modo que el singularísimo sepulcro de Martín Vázquez de Arce, obra atribuida a los talleres de Sebastián de Almonacid, en Guadalajara, hacia 1492, más conocido como *El Doncel de Sigüenza* inspiró decisivamente a Juan Bautista Vázquez el Viejo (¿?-1589)⁶ para inmortalizar al célebre inquisidor Antonio del Corro, en la Iglesia de Santa María de los Ángeles, en Cantabria, podemos apreciar la notable similitud entre el sepulcro de Juan de Austria y el de Pedro González de Alderete. Pues si bien existe una importante diferencia en la ornamentación del sarcófago, el de González de Alderete es más rico en elementos, frente al muy austero de Don Juan, la posición y atributos militares de ambos guardan un paralelismo indiscutible. Una magnífica oportunidad, por cierto, para apreciar en sus más pequeños detalles la evolución de la armadura de una época a otra.

En cuanto al material, el empleo del mármol en el arte funerario se remonta a los romanos, como atestigua el sepulcro de Doña Sancha, esposa del Conde de Castilla Fernán González, y cuyo sarcófago, romano reutilizado se encuentra actualmente en la Iglesia de San Cosme y San Damián (sede del Museo de la Colegiata de Covarrubias, Burgos) conserva la decoración original de estrígiles (dibujos e inscripciones en forma de espiral). El mármol de Carrara, concretamente, será muy solicitado para este fin a partir del siglo XV.

Por otra parte, al analizar la obra de Ponzano, es menester llamar la atención sobre la presencia de un elemento secundario y simbólico largamente utilizado en la escultura funeraria mucho antes del siglo XIX: la figura del león, situada a los pies del hijo de Carlos V. Así, Ponzano es deudor de Bartolomé Ordóñez (1480-1520) y de Gil de Siloé (¿?-1503), no ya como insoslayables referencias de la escultura hispana⁷, sino más específicamente como los señalados autores

⁶ Escultor español, principal introductor y difusor de la escuela manierista de Sevilla. Se cree que nació en Ávila, formándose como artista en Florencia y Roma. A él se deben, entre otras obras, los retablos de la catedral de Sevilla (1562-1563) y de las iglesias de Santa María de Carmona (1563-1564), San Mateo de Lucena (1572-1584) y Santa María de Medina-Sidonia (1575-1584).

⁷ Ordóñez pertenece, junto a Alonso Berruguete, Diego de Siloé (hijo de Gil de Siloé) y Pedro Machuca, al grupo de "las águilas" del Renacimiento español; término recogido ya en 1548 por el sabio portugués Francisco de Holanda (1517-1585) en su obra *Da Pintura Antiga*.

de los sepulcros de Juana de Castilla y Felipe el Hermoso, por una parte, y de Juan II e Isabel de Portugal por la otra. Reyes que reposan en la Capilla Real de Granada y en la Cartuja de Miraflores, en Burgos, respectivamente y a los que hacen acompañar por una leona y un león a sus pies según fuesen reina o rey.

Aunque, como se ha señalado, tampoco debemos considerar estas influencias aisladamente, pues en Europa no es desacostumbrado situar un león velando al difunto, fuera éste religioso o seglar. Como sucede con el sepulcro del cardenal Gil de Albornoz en la catedral de Toledo; con la tumba del gran senescal de Borgoña, Philippe Pot, en la iglesia de Saint-Benigne de Dijon, atribuida a Antoine de Moiturier; o con Felipe II “el atrevido”, también en Dijon, obra de Claus Sluter y Claus de Werve.

Finalmente, se suele asumir que la fiera que acompaña a Don Juan representa la toma de la Goleta, plaza que precedió la conquista de Túnez en 1573. Sin embargo, conviene no olvidar el carácter simbólico más genérico de una figura cuya compañía invoca la fortaleza y la virtud. No en vano, el león es el animal más repre-

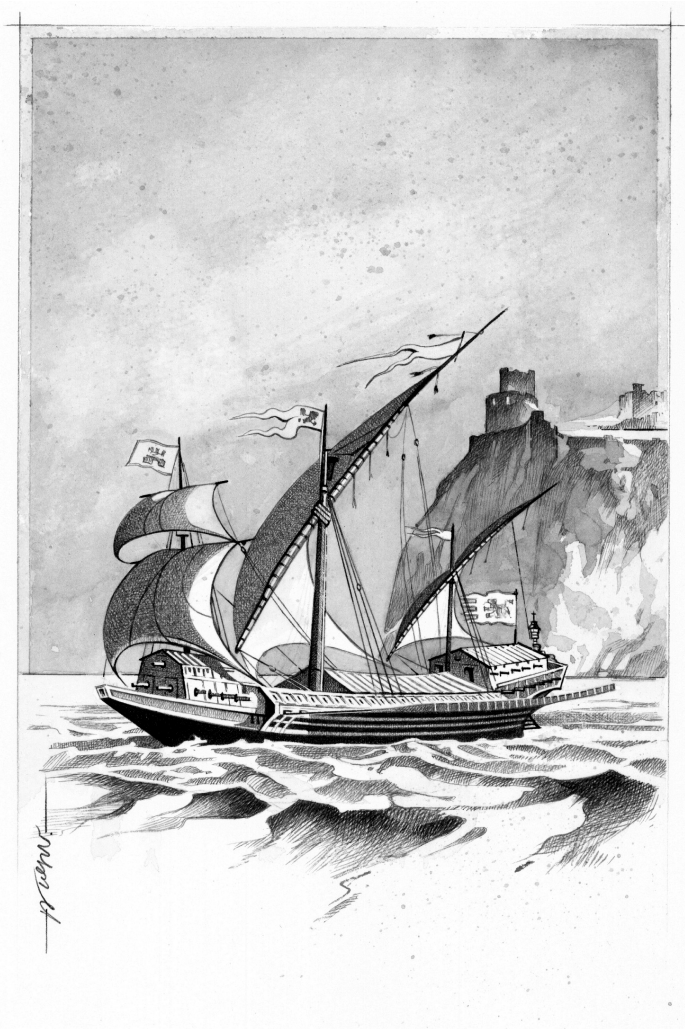


Figura 2. Galera española del siglo XVI como las usadas en la Batalla de Lepanto.

sentado en la escultura funeraria europea y no siempre y necesariamente acompañando a reyes, o a los pies de los difuntos. Así, el sarcófago de Vasco de Gama en el monasterio de los Jerónimos de Lisboa descansa sobre los lomos de seis leones tumbados, como el del Doncel de Sigüenza; y tres leones sustentan el sepulcro de Santo Domingo en Silos (Burgos).

La figura de Juan de Austria en la pintura del siglo XIX

El siglo diecinueve es el siglo de oro de la pintura de Historia. En España es el siglo de Casado del Alisal, Pradilla Ortiz, Moreno Carbonero, Eduardo Rosales, Ignacio Pinazo, Marceliano Santa María... Es también una época en que se lucha por un concepto nacional y en que se pierden finalmente las colonias de ultramar. Un siglo que mira continuamente a su pasado buscando rescatar su espíritu glorioso.

En este sentido, uno de los períodos preferidos por aquellos pintores fue aquel en que el Sol siempre iluminaba nuestros dominios. Y una de las figuras más atractivas de aquel tiempo fue sin duda Juan de Austria. Figura que motivó numerosas obras, algunas auténticamente brillantes.

En primer lugar, debe citarse una conocida obra de Eduardo Rosales (1836-1873) titulada *Presentación de Juan de Austria a Carlos V en Yuste*, de 1869. Obra de gran formato, composición magistral y atmósfera sutil. Así mismo, merece ser destacado el lienzo titulado *Batalla de Lepanto* de Juan Luna y Novicio (1857-1900), espectacular recreación del combate naval que se pensó para el Salón de Conferencias del Senado y hoy en el CESEDEN (Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional, antigua Escuela Superior del Ejército). Y por último, un pequeño lienzo, de apenas 27 x 35 cm, episodio posible e imaginado por Eduardo Cano de la Peña (1823-1897) y titulado *Don Juan de Austria visitando a Cervantes*, actualmente en el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

Obras que resumen la vida y el legado de Juan de Austria y a las que cabría añadir un cuadro, hoy en manos particulares, de José Villegas (1848-1921) que lleva por título *Última entrevista de Juan de Austria y Felipe II*.

La huella de Juan de Austria en la literatura

La figura de Juan de Austria ha sido un motivo literario muy señalado desde el mismo día de su fallecimiento. De hecho, ya en 1580 Fernando de Herrera escribió una *Canción a Don Juan de Austria, vencedor de las Alpujarras*; y no mucho después, Juan Rufo (1547-1620), apellidado Gutiérrez, aunque utilizó Rufo en honor al sobrenombre de su padre ("Rofos"), le dedicaría su célebre poema épico titulado *Austringada* (1584).

Rufo, que acompañó a Juan de Austria tanto en Granada como en Lepanto fue alabado por Cervantes y por Góngora. Y el mismo Cervantes hace al menos dos menciones a Lepanto en el *Quijote*. Una, en primera persona, en el prólogo de la segunda parte: “Lo que no he podido dejar de sentir es, que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros... que si ahora me propusieran y facilitarán un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella.” Y otra en boca del cautivo Don Quijote: “...y aquel día que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar...” (I, 39).

Por su parte, Lope de Vega también concedió el talento de su pluma (*Arcadia*) a Don Juan: “Llamóme la dura muerte/ en lo mejor de mi vida;/ lloró España la caída/ de una columna tan fuerte./ Hízome eterno Lepanto;/ mozo he muerto, viejo fui,/que al mundo en un tiempo di/ lástima, envidia y espanto” (p. 244).

Además, obviados otros ya mencionados en este texto, y sin ánimo de ser exhaustivos, con posterioridad muchos otros escritores españoles situaron a Juan de Austria en el centro de sus obras. Unos, desde el punto de vista del historiador, como el ingeniero y geodesta Carlos Ibáñez de Ibero (1825-1891), en *Don Juan de Austria. Político e innovador*. Y otros, como Larra en la comedia titulada *Don Juan de Austria, o la vocación* (1886), o Luis Coloma (1851-1915) en *Jeromín* (1902) tomando la figura sin un afán riguroso.

Con todo, la fama de Juan de Austria también le ha hecho objeto de estudio más allá de nuestras fronteras. Así, al escocés Sir William Stirling-Maxwell debemos *Don John of Austria. Passages from the history of the sixteenth century*, publicado en 1883. Y por supuesto, Chesterton (1874-1936) quien situó a Juan de Austria en el centro de su famoso poema *Lepanto*, fechado en 1915.

Razones de un inmerecido olvido

Con Ponzano sucede como con muchos otros grandes artistas que el siglo XIX nos legó: sencillamente han sido objeto del olvido. Olvido deliberado que a lo largo del siglo XX se tragó la memoria de la centuria anterior. Nombres borrados del imaginario artístico en un activo y activista seguimiento de aquellas vanguardias que se definieron como negación de la Academia.

No es extraño para nadie que hoy se asuma sin rubor que las generaciones jóvenes no conozcan absolutamente nada de nuestro segundo siglo de oro. Y

es que el desdén de algunos por nuestra propia Historia precisa de la proscripción de aquéllos que tan magistralmente la ilustraron. Su mayor delito, recordarnos que existió un Arte basado en el conocimiento. Que hubo un tiempo “anormal” en el que el artista no era ni podía ser analfabeto. Un tiempo en que los farsantes no eran aplaudidos por el pueblo ni subvencionados y adulados por sus gobernantes.

Qué gran obstáculo, sin duda, aquellos hombres, académicos, cuyo “ejemplo pernicioso” impedía el vuelo de un arte “auténticamente libre”. “Gracias” a los que redujeron las academias a sus cimientos, y a los que desde su patética impunidad aún avalan ese “arte nuevo”, transitando una senda que reiteradamente ha conducido y conduce a la vacuidad.

Sin duda, merecen ser recordadas aquí las palabras de Plinio el Joven: *Impensa monumenti supervacua est; memoria nostri durabit, si vita meruimus* (*Epistulae* 9, 19, 6). O lo que es lo mismo: “El gasto del sepulcro es inútil; nuestro recuerdo perdurará si lo hemos merecido por nuestra vida”. Y en el caso de Juan de Austria, como también en los de Ponzano y Galeotti, es seguro que su recuerdo pervivirá.

Agradecimientos

En este punto, es tan grato como obligado expresar mi agradecimiento a Don Antonio Bonet Salamanca, amigo, erudito doctor en Historia del Arte y director de la revista “Pasos de Arte y Cultura”, por su siempre amable ayuda y consejo; a Don Juan Carlos de la Mata, Director de Actuaciones Histórico-Artísticas de Patrimonio Nacional en el Palacio Real de Madrid; a Don Álvaro Soler del Campo, conservador de la Real Armería y a Don Antonio Alonso Zimmerli, técnico de Archivos del Palacio Real de Madrid.

Bibliografía

- Bennassar B. *Don Juan de Austria, un héroe para un imperio*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 2002.
- Bicheno H. *Crescent and Cross. The battle of Lepanto, 1571*. Londres: Ed. Cassell, 2003.
- Elliott JH. *Imperial Spain, 1469-1716*. London, 1963.
- González E. *La vida y hechos de Estebanillo González*. Colección Clásicos Castellanos. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1946.
- Hurtado de Mendoza D. *Guerra de Granada*. Madrid: Clásicos Castalia, 1970.
- Ibáñez de Ibero C. *Don Juan de Austria. Político e innovador*. Madrid: Ed. Afrodísio Aguado, 1944.
- Luján N. *De qué murió Juan de Austria*. JANO, Dic. 1985, vol.29, N° 667.
- Parker G. *El ejército de Flandes y el camino español, 1567-1659*. Barcelona: Ed. RBA, 2006.
- Porreño B. *Historia del Serenísimo Señor D. Juan de Austria, hijo del Invictísimo Emperador Carlos V, Rey de España*. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1899.
- Rincón garcía W. *Ponciano Ponzano (1813-1877)*. Colección Mariano de Pano y Ruata, n° 22. Zaragoza: Caja de ahorros de la Inmaculada de Aragón, 2002.
- Saavedra Fajardo D. *Idea de un príncipe político-cristiano, representada en cien empresas*. Madrid: Espasa Calpe, S.A., Colección Clásicos Castellanos, 1959.

- Seoane MR, Maccagno A, Sotelo Lago RA. *Juan de Austria. El héroe de Lepanto. Estudio de su enfermedad final*. En: Cuadernos de Medicina Forense. Madrid, 1997, nº 1, pp. 51-60.
- Stirling-Maxwell W. *Don John of Austria. Passages from the history of the Sixteenth century*. Londres: Ed. Longmans, Green & Co., 1883.
- Vega L de. *Arcadia* (Ed. de Edwin S. Morby). Madrid: Clásicos Castalia, 1975.
- Vélez de Guevara L. *El diablo cojuelo*. Madrid: Espasa Calpe, S.A., Colección Clásicos Castellanos, 1960.